



Capítulo 8. *Por las regiones del sur*

Desde Febrero de 1712, La Salle se había alejado de París, para apaciguar la ira de sus adversarios, que habían querido aprovechar del pleito para tratar de hacerse con el gobierno de los Hermanos y las escuelas de la capital. Decidió marchar lejos. El mejor sitio era el sur, donde había varias comunidades de Hermanos instaladas. El 25 de Febrero es probable que ya se hallara en Moulins, a mitad camino entre Paris y Marsella. Luego, se desplazó por caminos montañosos, inhóspitos por las lluvias de la primavera, hacia las ciudades en que había escuelas de Hermanos.

Lo hizo sin mucha prisa, pues iba un poco a la deriva, luchando entre el desconcierto y la esperanza, pidiendo a Dios la luz para saber



*San Juan
Bautista de
La Salle*

**HECHOS
Y GESTOS
DE UN
MENSAJERO**

actuar de forma adecuada. De hecho, su viaje lo configuró con estrategia de fundador. Pensó que, si desaparecía de la escena de los juicios y ataques, los adversarios le olvidarían o, al menos, le ignorarían y los Hermanos podrían ocuparse de su ministerio y reaccionarían en actitud positiva ante los adversarios externos. Esa fue la razón de este segundo viaje al sur. Y ciertamente acertó en las previsiones.

Mientras en París los Hermanos hábilmente seguían en sus tareas docentes, algunos de los adversarios intentaban cambiar la Regla de Juan Bautista había compuesto. No lo consiguieron, pues La Salle también tenía amigos, como el Vicario de París, que se hizo el desentendido cuando se le entregó un nuevo texto para que fuera aprobado por el Cardenal. Personas influyentes de la parroquia de San Sulpicio pretendían dividir a los Hermanos. Intentaban hacer grupos de maestros parroquiales y abortar el proceso de constituirse en un instituto organizado religioso, que era lo que había concebido Juan Bautista de la Salle.

No habían contado con la adhesión inquebrantable de los Hermanos, que ya habían desarrollado el sentido de cuerpo, para con el Fundador. Es cierto que, por indicación

astuta del clérigo que hacía de superior eclesiástico, el Hermano Bartolomé había escrito a todas las comunidades para que pidieran a los respectivos prelados un superior eclesiástico externo. Pero esta misma medida resultó positiva para el Instituto, pues hizo tomar conciencia a los obispos de la importancia de este grupo religioso que ya tenía miembros en casi dos docenas de Diócesis y mantenía relaciones con unos veinte prelados.

Mientras esto sucedía a sus espaldas, Juan Bautista recorrió lentamente las diversas casas del sur: Avignon, Alés, Los Vans, Gravières, Mende, Grenoble, Uzés. En Avignon, coincidiendo con su llegada, un Hermano cayó enfermo. Durante un tiempo cercano al mes él mismo Juan Bautista estuvo atendiendo la clase y enseñando a los escolares con la admiración y respeto de los que le veían convertido en maestro de escuela, siendo un conocido y profundo Doctor en Teología.

En Abril estaba en Mende. Acaso fue allí donde le llegó la primera noticia de lo adverso que le resultaba el juicio y de lo inmediata que estaba su condena. En el trayecto le fueron llegando nuevas citaciones que le comunicaba el Hermano Bartolomé desde París. Por cierto, este buen Hermano, que pasaba por ser, como director de París, el más importante y al que todos los demás respetaban por su amabilidad y serenidad, mandaba estos informes sin un solo comentario o saludo, lo cual le resultaba desconcertante al Fundador. Al final, le llegó la sentencia condenatoria: “Prohibimos al dicho señor de La Salle que en adelante exija a los menores actos semejantes o dinero. Le condenamos, además, a pagar las costas del juicio”. Tal como había sido el juicio y quienes habían sido sus artífices, no extrañó la sentencia, lo que no evitó se sintiera herido por todo él, en especial por algunas frases.

Llegó a Marsella el 12 de Junio. De momento, fue bien acogido, tanto por los Hermanos como por el clero. Incluso muchos clérigos le ayudaron en su proyecto de establecer un Noviciado para tener Hermanos de la zona que hablaran el idioma local, pues los niños y la gente se expresaban en el idioma provenzal y no en el francés del Norte. Inició, con esos apoyos, el Noviciado. Varios sacerdotes le mandaron jóvenes que querían ser maestros con los Hermanos. Pronto notó que los sacerdotes, entre los que abundaban los jansenistas y los apelantes, trataban de ganarle para su causa, pues reconocían en él a una persona singular, con seriedad, con fama de excelente sacerdote y de escritor de obras apreciadas.

El Noviciado se puso en marcha y caminaba con viento en popa, expresión muy adecuada para una ciudad de marineros y dueña del mejor puerto de Francia.

Pero pronto cambio el sentido de las corrientes de aire y de las olas. Cuando vieron que no conseguían su adhesión al bando de los apelantes, comenzaron las maledicencias y pronto el mal espíritu destruyó la convivencia de los jóvenes novicios. Hasta circuló en los mentideros de la villa un panfleto insultando al sacerdote extranjero que venía a dar lecciones de servidumbre a Roma en una ciudad que se jactaba de ser libre. El Noviciado se destruyó y las mismas escuelas corrieron peligro, aunque los adversarios no lograron cerrarlas.

Hacia Abril de 1713, las cosas se ponían tan mal en Marsella que hasta parece que algún Hermano se puso nervioso y le echó en cara a La Salle que su modo de gobernar enemistaba los ánimos y destruía las obras. La Salle, que nunca se inmutó por las críticas y condenas de sus adversarios, sintió en el alma la ofensa, si es que la hubo, y optó por el silencio. Convencido de su incapacidad, dada su sincera humildad, y más desconcertado que herido por la insolencia, decidió desaparecer también de Marsella. Se retiró un tiempo al Santuario dominico llamado de la Saint Baume, a cuarenta kilómetros de Marsella. Allí pasó toda la cuaresma como penitente.

Luego parece que regresó a Marsella, olvidando las heridas anteriores. Pero no tardó en marchar de la ciudad. En Agosto iba a Mende y luego a Grenoble. Sigue trabajando en sus escritos y obtiene licencia para la impresión de varios en la ciudad. Presentó otros en Avignon, donde las normas de aprobación y las tasas de pago parece que eran mucho más benévolas que los otros lugares de Francia, donde siempre estaban los funcionarios ávidos de impuestos.

Hacia Agosto se retiró a la Gran Cartuja, a treinta kilómetros de Grenoble, para hacer un retiro y consultar con Dios qué procedería hacer en adelante. Los biógrafos exageran la actitud depresiva del santo, la noche oscura del alma, cuando hablan de este momento de su vida. Es dudoso que se dejara ganar por el desánimo, dada la actividad escritora que sigue desarrollando en beneficio de las escuelas, las repetidas visitas a las casas del sur y la nutrida correspondencia que mantiene con las comunidades del norte. Con todo disminuye o interrumpe los contactos epistolares con los Hermanos de París, para que fueran ellos los que reaccionaran ante las manipulaciones de que eran objeto por parte de los sulpicianos: del párroco y del intrigante abate Brennier, que desde el Seminario pretendía imponer su forma de entender los grupos de maestros cristianos que estaban en muchas parroquias de la capital.

El 2 de Octubre estaba en Grenoble. De nuevo reemplazó a un Hermano, al Hermano Juan, pues le envió a hacer una visita a París para que le informara de lo

que acontecía exactamente en la capital y de la situación real de los Hermanos y de las escuelas. Al menos estuvo un mes largo en esta labor que admiró a las gentes de la localidad. Al regreso del Hermano, dejó la actividad escolar, sin duda admirando el trabajo de los Hermanos y dando gracias a Dios por haberse servido de él para crear maestros cristianos.

Fue por este tiempo cuando pasó unos días en la Cartuja que fundara en 1084 el también canónigo de Reims, San Bruno, en los bosques solitarios que existen todavía a unos treinta kilómetros de Grenoble. Fueron al menos tres días de intensa oración y de penitencia en compañía del Hermano Juan, el Director de Grenoble, que había sido el impulsor de la idea de aquella visita. Con el fin de evitar atenciones singulares en la hospedería de los sacrificados cartujos, pasó todo el tiempo sin declarar su estado sacerdotal y su carácter de canónigo de Reims.

En este tiempo de su estancia en el sur, que duró año y medio, siguió trabando por la causa de Dios. En Enero de 1714 conoce el texto de la bula Unigenitus. Se entrega con ardor a explicar el sentido del documento a los Hermanos y a todos sus conocidos. Incluso escribió para los Hermanos una instrucción, que no ha llegado a nosotros.

Aquejado de enfermedad de reuma, un amigo canónigo le invita a pasar un tiempo en su finca en Parmenia. Es entonces cuando visita algunos días la ermita que hay en la localidad. Y establece amistad espiritual con la piadosa mujer que atiende el santuario, Sor Luisa de Hours.

El lugar bucólico y el recuerdo de la piadosa ermitaña que cuidaba el santuario destruido por los protestantes y reconstruido con mimo más tarde, convertirá más tarde este centro en lugar de peregrinaciones y de plegarias. Juan de La Salle, que tanto amaba la soledad y la plegaria, encontró aquí un oasis de paz para orar, más todavía que un remedio para su reciente enfermedad.

La vida en este peregrinaje estratégico, que no huida ante los pleitos, las persecuciones y los adversarios, fue para Juan Bautista un motivo de nuevas experiencia y de mejores servicios a los Hermanos de la región. Siguió cuidando con interés sus libros para las escuelas y reflexionando para mejorar sus sistemas docentes. El 6 de Marzo de 1715 solicita autorización para imprimir los “Deberes del Cristiano”. El censor, anónimo, que era “apelante”, se la negó, porque encontraba en el escrito clara condena a la rebeldía contra la Iglesia y defensa de la autoridad del Papa.

En estos viajes conoció a Claudio de Montisambert, joven noble que se convierte de una vida desordenada y pide el ingreso en el Instituto. Sería el piadoso Hermano Ireneo, maestro de novicios y figura emblemática en el primitivo Instituto

El 1 de Abril los Hermanos de Paris, cansados de la situación y reunidos un día de fiesta, escribieron una carta en que ordenaban a Juan Bautista que, en virtud del voto de obediencia que había hecho, volviera a la capital y tomara de nuevo el gobierno del Instituto. La Salle recibió la carta y decidió aceptar la orden. Sin prisas, se puso en camino. Primero, en los meses de Mayo a Julio, visitó las comunidades del sur. A principio de Agosto estaba ya en Reims. En París entraba el 10 de Agosto.



*Santuario de Parmenia,
hoy, lugar de encuentro.*